

Cuadernu

REVISTA INTERNACIONAL DE PATRIMONIO, MUSEOLOGÍA SOCIAL, MEMORIA Y TERRITORIO



ARTÍCULOS | HECHOS, VALORES Y PATRIMONIO CULTURAL. REFLEXIONES DESDE LA TEORÍA DE LA VALORACIÓN DE JOHN DEWEY ■ SANADURÍA, CORAZONAR Y TEJER UN PROYECTO MUSEOGRÁFICO PARTICIPATIVO Y COLABORATIVO QUE PLURALIZA LOS SENTIDOS DE PAZ EN COLOMBIA ■ APROXIMACIÓN AL USO DE LA CARTOGRAFÍA SOCIAL EN LA GESTIÓN DEL PATRIMONIO. ALGUNAS REFLEXIONES Y APLICACIONES DESDE VALÈNCIA (ESPAÑA) ■ SAN CIBRAO DO MONTE CALVO (OURENSE). RECRISTIANIZACIÓN DE UN MONTE SAGRADO EN EL SIGLO X ■ MAPEO DE RELACIONES Y AGENTES CLAVES COMO HERRAMIENTA DE DIAGNÓSTICO TERRITORIAL: PRÁCTICAS Y APRENDIZAJES EN LA REGIÓN CENTRO DE ARGENTINA ■ ANÁLISIS DE LA TÉCNICA DE FACTURA DE LOS AMARRES DE CUERO DE LAS CAMPANAS ANTIGUAS DEL CENTRO DE LA CIUDAD DE GUADALAJARA, MÉXICO ■ **NOTAS** | ENCORGADAS. REACTIVACIÓN DO REGADÍO TRADICIONAL DE PENELAS (TEO, GALIZA) ■ THE SHARED ADMINISTRATION OF LIVING HERITAGE IN PARABIAGO ITALIA ■ **VARIA** | EL PATRIMONIO DE LA GUERRA CIVIL COMO HERRAMIENTA PARA LA REAPROPIACIÓN IDENTITARIA Y LA VERTEBRACIÓN TERRITORIAL EN LA COMUNIDAD DE MADRID ■ **ENTREVISTA** | Xosé Lluís García Arias: DE CAMPU, PATRIMONIU Y TRECENDENCIA

Cuadernu

REVISTA INTERNACIONAL DE PATRIMONIO, MUSEOLOGÍA SOCIAL, MEMORIA Y TERRITORIO

Cuadernu

REVISTA INTERNACIONAL DE PATRIMONIO, MUSEOLOGÍA SOCIAL, MEMORIA Y TERRITORIO

COMITÉ EDITORIAL

DIRECCIÓN | Jesús Fernández Fernández (Universidad de Oviedo/La Ponte-Ecomuséu)

SECRETARÍA | Carmen Pérez Maestro (Universidad de Alcalá/La Ponte-Ecomuséu)

CONSEJO | Oscar Navajas Corral (Universidad de Alcalá); Laura Bécares Rodríguez (La Ponte-Ecomuséu); Llorián García Flórez (Universidad de Oviedo); Andrés Menéndez Blanco (Universidad de Oviedo); Carlos Suari Rodrigue (Universitat Rovira i Virgili); Sebastián Vargas Álvarez (Universidad del Rosario, Colombia); Llorián García Flórez (Universidad de Oviedo).

COMITÉ CIENTÍFICO

Julio Concepción Suárez (Real Instituto de Estudios Asturianos); Alejandra Korstanje (Instituto Superior de Estudios Sociales, CONICET/UNT, Argentina); Javier Fernández Conde (Universidad de Oviedo); Margarita Fernández Mier (Universidad de Oviedo); Armando Graña García (IES Arzobispo Valdés Salas); Jesús Ruiz Fernández (Universidad de Oviedo); Gabriel Moshenska (University College London); Sofía Chacaltana Cortez (Universidad Antonio Ruiz de Montoya, Perú); Alberto Sarcina (Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Colombia).

EDITA

LA PONTE-ECOMUSÉU

www.laponte.org

Villanueva de Santu Adrianu s/n CP 33115 (Asturias, España)

Correo electrónico info@laponte.org

Tfno.: 985 761 403

DISEÑO Y MAQUETACIÓN | Amelia Celaya

Obra bajo licencia Creative Commons



3.0 ES

Más información en: <http://creativecommons.org/>

La revista *Cuadernu* está indexada en las siguientes bases de datos: Directory of Open Access Journals (DOAJ), European Reference Index for the Humanities and Social Sciences (ERIHPLUS), Information Matrix for the Analysis of Journals (MIAR), Sherpa/Romeo, Biblioteca Nacional de España, Clasificación Integrada de Revistas Científicas (CIRC), Catálogo de la Red de Bibliotecas Universitarias (REBIUN), Worldcat, Dulcinea, Dialnet y Latindex, entre otras.

ISSN-e: 2340-6895

ISSN: 2444-7765

D.L.: AS-04305-2014

Diciembre 2023

sumario

4 Editorial

Artículos


- 11** Hechos, valores y patrimonio cultural. Reflexiones desde la teoría de la valoración de John Dewey
- 31** Sanaduría, corazonar y tejer un proyecto museográfico participativo y colaborativo que pluraliza los sentidos de paz en Colombia
- 67** Aproximación al uso de la cartografía social en la gestión del patrimonio. Algunas reflexiones y aplicaciones desde València (España)
- 99** San Cibrao do Monte Calvo (Ourense). Recristianización de un monte sagrado en el siglo X
- 133** Mapeo de Relaciones y Agentes Claves como herramienta de diagnóstico territorial: prácticas y aprendizajes en la Región Centro de Argentina
- 165** Análisis de la técnica de factura de los amarres de cuero de las campanas antiguas del centro de la ciudad de Guadalajara, México

Notas

- 190** EnCorgadas. Reactivación do regadío tradicional de Penelas (Teo, Galiza)
- 210** The shared administration of living heritage in Parabiago, Italia

Varia

- 234** El Patrimonio de la Guerra Civil como herramienta para la reapropiación identitaria y la vertebración territorial en la Comunidad de Madrid
- 260** Entrevista a Xosé Lluís García Arias: de campu, patrimoni u y trescendencia



Aproximación al uso de
la cartografía social en la
gestión del patrimonio.
Algunas reflexiones
y aplicaciones desde
València (España)

*The use of social
cartography in heritage
management. Some
reflections and applications
from Valencia (Spain)*

Enviado 30 de julio.
Aceptado 30 de noviembre.



TONO VIZCAÍNO ESTEVAN
(hola@tonovizcaino.com)

ARQUEÓLOGO Y GESTOR
DEL PATRIMONIO

Resumen

Este texto se plantea como una aproximación al potencial de la cartografía social como herramienta para la gestión del patrimonio. Se parte de la reivindicación del papel de las técnicas de investigación social en el marco de la reconceptualización del patrimonio impulsado por los Estudios Críticos del Patrimonio y la Arqueología Pública, que lo entienden como un proceso de continua resignificación política y social. Desde este planteamiento teórico, se presenta la necesidad de repensar los modelos de gestión patrimonial hacia fórmulas más atentas a los contextos y más comprometidas social y territorialmente. La cartografía social, por su voluntad de proyectar otras lecturas sobre el territorio a través de procesos participativos, constituye una vía de gran interés para pensar esas nuevas formas de gestión. Por ello, en estas páginas se incide en la teoría y la praxis de los mapeos colectivos, a partir de la literatura científica existente y de la propia experiencia en proyectos desarrollados en València (España). Por último, se reflexiona sobre las posibilidades y las limitaciones de esta herramienta.



Palabras clave

Cartografía social,
gestión patrimonial,
arqueología pública,
estudios críticos,
territorio.



Keywords

Social cartography,
heritage management,
public archaeology,
critical studies,
territory.

Abstract

This text is an approach to the potential of social cartography as a tool for heritage management. It is based on the vindication of the role of social research techniques in the framework of the reconceptualisation of heritage promoted by Critical Heritage Studies and Public Archaeology, which understand it as a process of continuous political and social re-signification. From this theoretical approach, there is a need to rethink the models of heritage management towards formulas that are more attentive to contexts and more socially and territorially committed. Social cartography, because of its desire to project other readings of the territory through participatory processes, is a highly interesting way of thinking about these new forms of management. For this reason, these pages focus on the theory and practice of collective mapping, based on the existing scientific literature and our own experience in projects developed in València (Spain). Finally, it reflects on the possibilities and limitations of this tool.

Introducción

En el contexto español, el modelo hegemónico de gestión del patrimonio está determinado por un concepto de «lo público» profundamente institucionalizado. El marco legislativo establece que es la administración pública, apoyada por la normativa específica y los equipos técnicos, quien actúa en representación y por el bien del conjunto de la sociedad, asumiendo, por tanto, lo que debe ser recuperado, conservado, protegido y difundido; en definitiva, lo que constituye el patrimonio oficial.

Se trata de un modelo de tipo *top-down*¹, en el que las políticas públicas están avaladas por el saber científico-técnico, sin que ello suponga desligarlas de intereses políticos y proyecciones identitarias. Este modelo de gestión es el dominante a la hora de diseñar e implementar las herramientas de planeamiento y gestión del patrimonio (planes directores, planes especiales, catálogos de bienes y espacios protegidos, etc.), en los que el utilitarismo y la eficacia administrativa se impone a la complejidad social y política del patrimonio. Es la idea del patrimonio como trámite burocrático, un planteamiento que se ha vuelto especialmente crudo en el ámbito de la arqueología por el influjo de las políticas neoliberales (Rodríguez Temiño, 2022).

Este modelo de gestión patrimonial dominante, sin embargo, no suele tener en consideración los contextos sociales ni el propio carácter multidimensional del patrimonio, atravesado por realidades muy diversas, a veces encontradas. Se trata, en efecto, de una manera muy institucionalizada de entender el servicio público, en la que la multiplicidad de relatos de las comunidades que habitan con el patrimonio es neutralizada y suplantada por un relato oficial, el denominado «discurso autorizado de patrimonio» (Smith, 2006), que

¹Entendemos, por modelo *top-down*, un modelo gerencial en el que la ciudadanía es concebida como consumidora de servicios públicos, y donde prima un interés por la eficacia y la eficiencia en la gestión administrativa (Mayntz 2005; Campillo 2013). En su aplicación a las políticas públicas, este modelo ha sido y es, en el contexto español, el modelo hegemónico en la gestión patrimonial.

opaca los matices y anula los conflictos, aunque al imponerse genere otros nuevos.

Esto ocurre aún y cuando la gestión del patrimonio tiene la capacidad de desencadenar importantes transformaciones tanto en el territorio como en las personas que lo habitan (Pyburn 2011, Almansa 2020). No en vano, trabajar con el patrimonio supone tratar con las identidades, con las emociones, con los conflictos, con el espacio vivido y sentido y, en consecuencia, cualquier cambio en la realidad preexistente es susceptible de generar fricciones.

Ante esta realidad, una gestión verdaderamente comprometida con la sociedad, con «lo público» entendido como lugar de confluencia entre la institución y la ciudadanía (Cerrillo, 2005, p.136), debería partir de una mirada atenta, contextualizada y holística a las realidades en las que se inserta el patrimonio. Desde un punto de vista teórico, ya hace tiempo que determinadas corrientes enmarcadas en los campos disciplinarios de las Humanidades y las Ciencias Sociales, como la Arqueología Pública o, en el ámbito de la Antropología, los Estudios Críticos del Patrimonio, abogan por una noción del patrimonio en la que frente a la idea de una herencia inmutable y neutra, fácilmente identificable por el saber científico, incuestionable, venerable, con virtudes de cohesión social y desarrollo económico, cobra sentido la idea de construcción y proceso (Prats 1997), apuntando que el patrimonio es una construcción social y política que es objeto de continua resignificación, puesto que apela a agentes diversos con intereses también distintos.

En consecuencia, el patrimonio se concibe como una *arena* en su sentido pleno, donde caben muchas voces y donde no falta el conflicto (Sánchez Carretero, 2012). Bajo esta premisa, encaja la idea de la multivocalidad que rompe con el discurso técnico monolítico, si bien esta no debe entenderse como sinónimo de equidistancia, ya que algunos discursos en torno al patrimonio pueden ser profundamente excluyentes y discriminatorios. Aquí es, de hecho, donde cobra importancia el papel que disciplinas como la Arqueología o la Antropología

pueden desempeñar no tanto para imponer una manera de entender el patrimonio, sino para comprender, analizar críticamente y mediar entre las distintas voces.

Esta manera de entender el patrimonio y la necesidad de diseñar unos modelos de gestión más comprometidos social y territorialmente, pasa también por superar el tradicional encasillamiento definido por la UNESCO y replicado por las normativas patrimoniales (la clásica división en patrimonio natural, cultural e inmaterial) y apostar por marcos de referencia de carácter holístico, como la fórmula del paisaje cultural, entendida como categoría que incide en la acción de un(os) agente(s) sobre el paisaje natural (Martín, Zabala y Fabra 2019). Esta fórmula no solo entronca con la pluralidad de capas patrimoniales que se superponen en un mismo espacio –lo que en otro lugar hemos definido como «estratigrafías patrimoniales» (Santamarina y Vizcaíno 2021, p.7)–, sino también en clave discursiva: siguiendo a Ares y Risler (2018), esa multiplicidad contempla los espacios de la memoria, los imaginarios, los sentidos, las corporalidades y los tiempos. Aproximarse a esta complejidad de matices para construir un modelo de gestión patrimonial más atento y comprometido, requiere, necesariamente, de la entrada en escena de las técnicas de investigación social.

Las técnicas de investigación social y la gestión del patrimonio

El despliegue de un andamiaje teórico-metodológico sólido es fundamental para abordar de manera rigurosa un modelo de gestión patrimonial en el que se desborde el discurso científico y se incorporen otras maneras de entender y sentir el patrimonio. Aquí es crucial el papel de ciencias sociales como la Antropología y la Sociología. Si bien es cierto que la Arqueología, a través de los postulados de la Arqueología Pública, ha sido pionera en la implementación de proyectos participativos en torno a la gestión del patrimonio, y que ha defendido el carácter polifónico de los bienes patrimoniales, también lo es

que, al menos en el contexto español, existe una carencia formativa en el campo de las técnicas de investigación social. Partiendo de que la formación profesional en Arqueología continúa siendo deficitaria, y que la Arqueología Pública no está presente salvo en contadas excepciones (Comendador, 2018), no sorprende que los planes de estudio no incorporen el aprendizaje de las técnicas básicas de investigación social. Estas carencias son resultado de una concepción tradicional de la disciplina, en la que lo prioritario es conocer a las sociedades del pasado a través de la identificación, clasificación e interpretación de su cultura material, partiendo de la idea errónea de que la Arqueología solamente trabaja con sociedades ya desaparecidas. Sin entrar en el replanteamiento conceptual que ha traído la Arqueología Pública en este sentido, la realidad es que la falta de formación determina que la aproximación a modelos de gestión participativa del patrimonio desde la Arqueología a menudo esté guiada más por la intuición o las habilidades sociales que por el conocimiento real de la metodología. Las consecuencias de estas carencias son previsibles: además de la desconsideración hacia las profesionales que sí son expertas en la materia, supone una pérdida de rigurosidad en los proyectos. Frente a esta realidad, solo cabe o la conformación de equipos multidisciplinares, no siempre posible debido a la precariedad a menudo inherente a los proyectos de gestión patrimonial, o la formación específica.

En efecto, la Antropología y la Sociología ofrecen un amplio repertorio de técnicas y herramientas que son indispensables para acercarse de forma precisa a las maneras en las que la sociedad actual percibe e interactúa con el patrimonio. Cabe destacar, en particular, las técnicas de corte cualitativo, como las entrevistas individuales y grupales, los grupos de reflexión, los grupos nominales o los paseos participativos, entre otros (Villasante, Montañés y Martí, 2000; Villasante, 2006; Val y Gutiérrez, 2013). En este trabajo, sin embargo, me centraré en una técnica particular que, por su capacidad de conexión con el espacio habitado y sentido, resulta de gran interés para la gestión patrimonial: la cartografía social.

La cartografía social

Existe una gran diversidad de términos para referirse al empleo de la cartografía como herramienta de investigación social. En la literatura especializada se habla de cartografía social, de cartografía participativa o de cartografía comunitaria, además de mapeos colectivos, participativos, colaborativos, sociales o comunitarios. En este texto opto por emplear «cartografía social» como concepto genérico y reservo el término «mapeo» para referirme a la acción de construir dichas cartografías.

De manera sintética, la cartografía social puede definirse como una metodología de producción colectiva de conocimientos y de sentidos, que toma el mapa o el plano como herramienta para hacer emerger los relatos sobre el territorio desde el punto de vista de sus habitantes. Se trata, por tanto, de un proceso que aspira a introducir las subjetividades de los agentes que habitan el territorio a partir de sus percepciones, experiencias, saberes y expectativas, entendiendo que su condición de habitantes les legitima para intervenir en la representación y en la toma de decisiones sobre el territorio.

Este planteamiento supone, ya de partida, un cuestionamiento de la cartografía oficial –avalada por el saber científico y los requerimientos administrativos– como relato único y verdadero sobre el territorio, pero sin descartarla. En este sentido, Montoya, García y Ospina definen la cartografía social como «una posibilidad de comprensión inédita entre los conocimientos técnicos y las experticias disciplinares con lugares de enunciación que promueven agenciamientos colectivos del conocimiento y que proponen la emergencia de epistemologías diversas» (2014, p.203). No hay que perder de vista que cualquier cartografía es subjetiva y puede traducir formas de dominación –el mapa como instrumento de poder– y también de explotación del territorio, de sus recursos y de sus habitantes (Acosta, 2011; Díez y Chanampa 2016; Barragán-León, 2019). Al fin y al cabo, el mapa, como representación gráfica o mental del territorio, tiene el potencial de hacer visibles las relaciones entre espacio, poder y conocimiento (Barrera, 2009; Montoya, García y Ospina, 2014).

La voluntad de incorporar la diversidad de maneras de habitar y sentir el territorio tiene que ver con la crítica a la cartografía oficial y la reivindicación de los relatos subalternos que se produjo en los años 70 y 80 del siglo XX (Pérez, Baumgartner y Ganter, 2018-2019), así como con el denominado «giro geográfico». Este giro supuso, a partir de la década de los 90, un cambio de orientación impulsado por la Geografía Humana hacia la consideración de la dimensión espacial de lo social (Hiernaux, 2010), enmarcado en lo que se ha venido denominando «cartografía crítica» (Canosa y García, 2017). A partir de ese origen ligado a la Geografía, la cartografía social ha sido asumida como método de diagnóstico, diseño y gestión aplicado al planeamiento territorial, tanto en el ámbito rural como en el urbano, motivo por el que ha acabado siendo objeto de atención de otros campos disciplinares como la Arquitectura, el Urbanismo, la Sociología o el Arte –mientras, en paralelo, se ha producido un alejamiento de la propia Geografía, como señalan algunos autores (Canosa y García, 2017; García 2019)–, a menudo de la mano de procesos sociales de reivindicación del territorio. En efecto, la cartografía social ha desempeñado un papel importante como dispositivo político de recuperación y empoderamiento de memorias contrahegemónicas, en especial de memorias indígenas, frente a las representaciones coloniales del territorio, que han llevado aparejadas una jerarquización –cuando no eliminación– de conocimientos sobre el espacio habitado (Montoya, García y Ospina 2014). De ahí la proliferación de términos para referirse a esas formas de cartografía militante, como la cartografía antagonista, la indisciplinada, la radical, la disidente o la propia contra-cartografía (Canosa y García 2017). Asimismo, el recurso a las cartografías sociales y a otras técnicas implicativas ha recibido un impulso muy notable en el marco de los nuevos modelos de gobernanza y las políticas sociales impulsadas desde las administraciones públicas (García 2019).

Uno de los puntos fuertes de la cartografía social es, por tanto, el principio de la co-creación: se parte de la consideración de que los

habitantes de un territorio son sujetos activos en la producción de conocimiento sobre el territorio (Barrera, 2009; Carballeda, 2017). Un conocimiento que es, además, diverso, dado que se compone de lecturas de tipo emocional, sensorial, crítico, experiencial e incluso imaginario (Ares y Risler, 2018), que van más allá de lo científico y hacen confluír lo social, lo cultural, lo simbólico, lo político y lo histórico (Carballeda, 2017). El recurso cartográfico se convierte en pretexto para entablar un diálogo entre los distintos agentes, enunciado desde la experiencia personal y colectiva de habitar el territorio, y donde tienen cabida tanto los lugares comunes como los disensos y los conflictos (Diez y Chanampa, 2016). A este respecto podemos entender, con Carballeda, que «los límites del territorio tienen un importante componente subjetivo, ya que son, en definitiva, inscripciones de la cultura, la historia y se entrelazan estrechamente con la biografía de cada habitante de la ciudad. Allí, en los límites, es donde comienza a construirse la relación entre territorio e identidad en la esfera de cada sujeto» (Carballeda, s.f., p.2).

Lo interesante de la cartografía social es que no solamente permite aproximarse a la representación del territorio desde la multivocalidad, sino que, además, puede convertirse en una herramienta muy útil para el análisis crítico del territorio y para un planeamiento fundado en el conocimiento radical de lo local. Esta idea de conocer una realidad para poder actuar sobre ella (Habegger y Mancilla, 2006; Ares y Risler, 2018; Barragán-León, 2019), enmarca la cartografía social en lo que se ha denominado Investigación Acción Participativa (IAP), donde un grupo es a la vez objeto y sujeto del proceso de trabajo (Montoya, García y Ospina, 2014; Martín, Zabala y Fabra 2019) y donde la investigación genera un conocimiento para transformar la realidad².

Teniendo en cuenta todas estas cuestiones, la cartografía social se presenta como una metodología con muchas posibilidades en el ámbito de la gestión del patrimonio, especialmente si se parte del marco conceptual del paisaje cultural.

²En este campo destacan, de nuevo, las aportaciones de la escuela latinoamericana, donde la IAP se ha utilizado como alternativa metodológica para la construcción de una epistemología de las ciencias sociales crítica y de carácter emancipador (De Oliveira, 2015).

La cartografía social y la gestión del patrimonio

Planteamiento conceptual

La cartografía es un elemento consustancial a la gestión cultural (Arcila y López, 2011) y, en particular, a la gestión del patrimonio. Está presente en todo el proceso de trabajo: desde la identificación y la investigación, pasando por la intervención y los procesos de catalogación y ordenación, hasta llegar a la difusión. Sin embargo, en la inmensa mayoría de los casos los recursos cartográficos empleados no hacen sino reproducir y sostener el relato hegemónico sobre el territorio y su planeamiento, construido principalmente desde el saber científico-técnico, pero no por ello exento de una fuerte carga ideológica. De nuevo, la cartografía técnica reproduce formas de control y dominación en distintos planos: la representación y los conocimientos sobre el territorio, las maneras de habitar e interactuar con el entorno, la explotación de sus recursos o el afianzamiento de determinados discursos identitarios.

Resulta evidente, pues, que la producción y el uso de la cartografía en la gestión patrimonial tiende a ser hermética, con escaso o nulo margen para la participación social y la incorporación de otros relatos sobre el territorio. Pensemos, por ejemplo, en el arrinconamiento que a menudo se ha hecho de la toponimia tradicional, sustituida por nuevas denominaciones formuladas desde las administraciones públicas. O cómo los planos turísticos visibilizan un patrimonio oficial, el del discurso autorizado, invisibilizando los otros patrimonios sentidos por la población local. Por no mencionar la falta de canales para fomentar la participación de vecinos y vecinas en la planificación territorial.

Ante esta opacidad, que no es sino una de las muchas facetas en las que se expresa el modelo *top-down* de gestión patrimonial, la cartografía social permite acceder a otras maneras de pensar el patrimonio y de representar el territorio «desde abajo». Como ocurre con cualquier técnica de investigación social, la cartografía social no es un

fin en sí mismo (Habegger y Mancilla, 2006; Fernández, 2021), sino un medio a través del que conseguir unos objetivos relacionados con la producción de conocimiento, su representación y su aplicación práctica. Es decir, no puede limitarse a un mero recurso cosmético para legitimar la retórica de la participación, tan en boga en los últimos años (Jiménez-Esquinas y Quintero, 2017; Sánchez Carretero, Muñoz Albaladejo y Roura 2019; Jiménez, 2020), sino que debe partir de un posicionamiento firme en la consideración del patrimonio y su gestión como un asunto público que produce valor público (Longo y Gil, 2006). Desde este planteamiento, el mapa participativo se convierte en «un espacio intersubjetivo y ciudadano que posibilita la activación de la conversación social, el encuentro y la interacción vecinal, con el propósito de intercambiar ideas, visiones y experiencias concretas» (Pérez Bustamante, Baumgartner León y Ganter Solí 2018-2019, p.46).

El uso de la cartografía social para comprender y gestionar el territorio desde la experiencia de quienes lo habitan ha sido especialmente desarrollado en el contexto latinoamericano, sobre todo en relación con la reivindicación de los saberes y sentires indígenas en el marco de los posicionamientos decoloniales (Salamanca y Espina, 2012) y en los conflictos sociales y ambientales derivados del extractivismo y la explotación del territorio (Andrade, 2012; Vélez, Rátiva y Varela, 2012; Iconoclastas, 2020). Esta tradición de trabajo en comunidad ha tenido su derivada específica en el ámbito de la gestión patrimonial (Aichino, De Carli, Zabala y Fabra 2012 y 2013; Vázquez, 2017; Palladino y Álvarez, 2018; Pérez, Baumgartner y Ganter, 2018-2019; Martín, Zabala y Fabra, 2019, entre otros). En el Estado español, la incorporación de la cartografía social en el marco de proyectos de gestión patrimonial ha tenido una vía específica –aunque no única, pues existen numerosas experiencias en el ámbito del desarrollo comunitario o la educación patrimonial– de trabajo ligada a la consolidación de la propia Arqueología Pública o comunitaria, a través de iniciativas impulsadas tanto desde el mundo académico como desde el ámbito profesional (Masaguer y Vázquez, 2014; Jiménez-Esquinas, 2017; Ro-



FIGURA 1: Localización de los municipios en los que el autor ha desarrollado procesos de participación a través de cartografías sociales (Fuente: elaboración propia a partir del visor del Institut Cartogràfic Valencià-ICV)



FIGURA 2: Grupo de trabajo en el municipio de Gestalgar (Fotografía: Víctor Algarra).

dríguez y Walid, 2020; López, 2020; Polo et al. 2021; Vázquez, s.f.). En mi caso particular, la experiencia con la cartografía social está vinculada a dos ámbitos diferenciados, siempre dentro de los posicionamientos de la Arqueología Pública. De un lado, la puesta en marcha de procesos de participación en el marco del desarrollo de instrumentos de catalogación y gestión patrimonial, como los llevados a cabo en los municipios de Gestalgar (comarca de La Serranía) y Beniopa (Gandia, comarca de La Safor), ambos en la provincia de València (España) (FIGURA 1). En el primer caso, la elaboración del Catálogo de Bienes y Espacios Protegidos, coordinado por el arqueólogo Víctor Algarra, a petición del Ayuntamiento de Gestalgar, fue el aliciente para desarrollar entre 2016 y 2017 diversas dinámicas de mapeo colectivo con distintos perfiles so-

ciodemográficos, con el propósito de identificar espacios patrimoniales significativos para la población local y establecer las gradaciones afectivas en torno a estos espacios (FIGURA 2). En el segundo caso, el trabajo se realizó en 2021 con motivo del proceso de delimitación y declaración como Bien de Relevancia Local (BRL) del centro histórico de Beniopa, impulsado por el Ajuntament de Gandia –del que actualmente forma parte–, para identificar tanto los vínculos afectivos como los conflictos sociales que emergen a través del patrimonio. El otro ámbito de trabajo con la cartografía participativa ha estado vinculado a la organización de talleres de exploración del espacio urbano para cartografiar los usos contemporáneos del pasado, desarrollados para entidades culturales como Bombas Gens-Centre d'Art en València (junio y octubre de 2021) o la Asociación de Profesionales de la Narración Oral en España en Morella (2023); o el asesoramiento metodológico para el proyecto *Mapeig col·lectiu d'actores empresarials i comercials de Lliria*, enmarcado en el II Pla Municipal d'Igualtat de Lliria (València) 2021-2024, durante el año 2022. En este texto, por tanto, hablaré desde mi propia experiencia con esta metodología de trabajo, pero sin entrar al detalle de los proyectos concretos, sino enfocándolo desde la teoría y la praxis.

Dinámicas y herramientas de trabajo

Trabajar con la cartografía social supone partir de la consideración de que tanto el territorio como el patrimonio son realidades cambiantes. En consecuencia, los mapas que surgen del trabajo colectivo no son sino una instantánea de un momento determinado y resultado de las visiones de unos agentes concretos (Carballeda, 2017). Es decir, no son definitivos ni absolutos, ni tienen voluntad de permanencia, y por tanto funcionan desde una lógica diferente a la de las cartografías oficiales. Lo que se proyecta a través de estos procesos participativos es un relato coral donde caben muchas voces, entendiendo que no puede haber una lectura única de un lugar (De Nardi, 2014), y donde se plasman realidades que no suelen ser cartografiadas en los dispositivos convencionales, y que tienen que ver especialmente con

FIGURA 3: Sesión de trabajo con representantes del tejido asociativo de Beniopa (Fotografía: Tono Vizcaíno).



la dimensión emocional, como por ejemplo las memorias, los afectos, las experiencias, los conflictos... Cuestiones que son inherentes a la propia naturaleza del patrimonio.

Desde el punto de vista metodológico, las dinámicas de trabajo de la cartografía social son diversas y su elección depende del contexto de trabajo, de los objetivos que se planteen y de los grupos sociales con los que se quiera trabajar. El elemento común es el recurso al mapa o al plano como desencadenante de los procesos de reflexión colectiva sobre el territorio, pero a partir de ahí se abre un interesante abanico de posibilidades de triangulación metodológica con otras técnicas de investigación social, tanto cualitativas como cuantitativas.

Por ejemplo, en mi experiencia en procesos participativos de identificación y valoración de elementos patrimoniales, ha sido de especial

utilidad combinar la cartografía social con los grupos nominales. El grupo nominal es una metodología cualitativa que forma parte de las llamadas «técnicas implicativas» (Basagoiti y Bru, 2002), en la cual se sigue un proceso estructurado de trabajo en grupo que permite identificar problemas y ofrecer soluciones a través de consensos. La dinámica se estructura a partir de distintos niveles de trabajo: se comienza individualmente, seguidamente se conforman pequeños grupos y, por último, se realiza una puesta en común con todas las personas participantes. La combinación de esta secuencia gradual de trabajo con el mapeo permite registrar tanto las lecturas individuales del patrimonio y del territorio como las que se generan de manera intersubjetiva. Por ejemplo, en las sesiones organizadas en 2021 en Beniopa (FIGURA 3), esta hibridación metodológica permitió establecer una gradación de tipo afectivo en los patrimonios identificados. En la fase inicial, la del trabajo individual, a menudo afloraban espacios vinculados a las vivencias personales-familiares –la casa familiar, la calle donde salen a tomar la fresca en verano–, mientras que del trabajo en grupo emergían necesariamente los espacios de sentido colectivo. De hecho, la dinámica de trabajo gradual contribuía, de manera inconsciente, a reflexionar sobre la propia razón de ser del patrimonio: de la identificación de aquellos elementos que son importantes desde la experiencia individual, se pasa a acordar por consenso aquello que resulta valioso para el conjunto, ya sea por la acumulación de experiencias individuales y colectivas, por su valor de representación, por su reconocimiento oficial, etc.

En procesos como el mencionado se trabaja, preferentemente, con grupos conformados por perfiles sociodemográficos predefinidos, pero también se pueden generar dinámicas más abiertas. Por ejemplo, una fórmula habitual en los estudios de urbanismo participativo, ensayado también en el ámbito patrimonial, es el mapeo en el propio espacio público, lo cual supone un refuerzo narrativo a las cuestiones que se quieren poner sobre la mesa, ya que la reflexión y la proyección se plantean *desde* el territorio mismo. Con esta dinámica, la interven-

ción sobre los mapas o planos, generalmente de gran formato, se abre a todas las personas que se acerquen al lugar y se realiza tanto de manera simultánea como sucesiva, con los pros y los contras que esto plantea. En este sentido, uno de los puntos fuertes es que la cantidad de voces que se plasman durante una jornada de mapeo puede ser muy superior a la de otras dinámicas, pero al mismo tiempo la intermitencia y la desigual afluencia de personas puede, por un lado, condicionar los relatos –excepto en el caso de las primeras personas participantes, el resto actúa sobre un mapa ya intervenido– y, por otro, limitar las posibilidades de generar discusiones colectivas y llegar a consensos de la manera en que se consigue con grupos cerrados y de trabajo secuencial.

Otra de las formas de complementación metodológica es la de unir los mapeos colectivos a las derivas o paseos. Se trata de generar una reflexión colectiva sobre el territorio a partir del caminar, entendiendo, de nuevo, que el contacto directo con el entorno facilita la identificación de espacios con carga afectiva, hace emerger las historias y el conocimiento local, y permite entablar conversaciones en torno a lugares comunes, problemáticas y conflictos latentes. Estos paseos pueden estar más o menos estructurados en función de las necesidades de la investigación, desde los recorridos predefinidos con antelación para enfocar la reflexión en torno a espacios ya identificados, hasta las derivas más improvisadas, en las que el grupo va modelando por consenso un itinerario en función de sus prioridades o de los temas que van surgiendo en la conversación grupal (Careri, 2002; Jiménez, 2017). En los paseos participativos que organizamos en 2017 en Gestalgar, por ejemplo, el recorrido estaba semi-estructurado: teníamos claro cuál era el punto de partida (núcleo urbano) y el destino final de cada paseo (en un caso el acueducto romano de Los Calicantos y, en otro, las infraestructuras de extracción de Los Yesares), pero el propósito era identificar en el recorrido otros patrimonios –materiales e inmateriales– señalados por los vecinos y vecinas a partir de la acción de caminar conversando (FIGURA 4). En cambio, en Beniopa la dinámica



FIGURA 4: Paseo participativo desde el pueblo de Gestalgar hasta Los Yesares (Fotografía: Tono Vizcaíno).

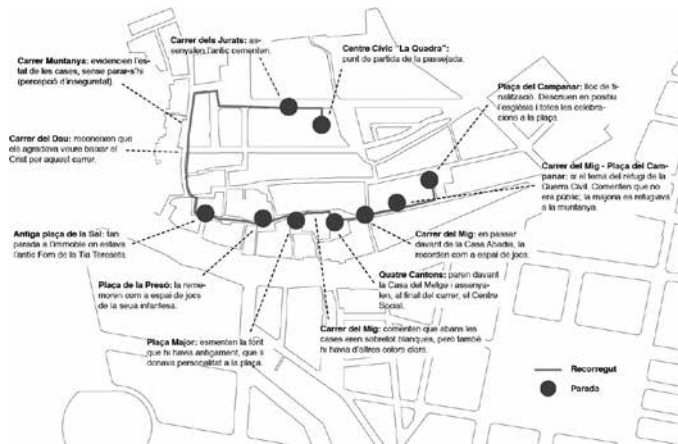


FIGURA 5: Representación gráfica del resultado de la deriva realizada con las mujeres mayores de 65 años en Beniopa (Imagen: Tono Vizcaíno).

fue diferente. Para los paseos se trabajó con dos perfiles diferenciados, adolescentes y mayores de 65 años –dos grupos con los que el trabajo exclusivo sobre el plano planteaba algunas dificultades–, y en ambos casos se planteó un recorrido libre, que debía ser definido por los y las participantes. En el caso del grupo de adolescentes, la ruta acabó

conectando espacios con una fuerte carga vivencial y emocional, desde el colegio y el parque donde se encuentran por las tardes, hasta las casas de sus abuelas o la plaza donde organizan las fiestas. En el caso de las personas mayores de 65 años, la deriva estuvo marcada por dos intencionalidades: de un lado, mostrar, a modo de denuncia, las calles en las que se evidencia un conflicto social que ha generado un grave problema de convivencia; y, de otro lado, reseguir el itinerario de la procesión de las fiestas patronales, de gran potencial simbólico, donde se acumulan sus vivencias personales y colectivas (FIGURA 5).

En sus distintas formalizaciones, la cartografía social debe ir acompañada de una escucha y de una observación atentas, con el propósito de ofrecer matices a las lecturas individuales y colectivas plasmadas gráficamente sobre los recursos cartográficos. En función de las necesidades y de las características de los grupos de trabajo, las dinámicas pueden apoyarse, además de los mapas, en otros materiales, como los pictogramas, los *post-its*, los esquemas compositivos de conceptos o las fotografías –antiguas o actuales– relacionadas con los espacios objeto de estudio. Todo el material generado en el mapeo debe ser documentado para poder realizar un análisis detallado de los resultados. Cabe apuntar, asimismo, que el trabajo de mapeo también puede realizarse de manera virtual, sobre plataformas digitales y en diferido, como demuestran numerosas iniciativas de mapeos colectivos de bienes patrimoniales.

Sobre las metodologías y las herramientas de trabajo para diagnosticar el territorio, existen numerosas guías de acceso libre (Iconoclasistas, 2013, 2015 y 2019; VIC, 2017; Bustos, García y Chueca, 2018; Vázquez, Díaz y Cerón, 2019; GIDEP, 2021, entre otros) que proponen pautas de funcionamiento e incluso ofrecen matrices de pictogramas y otros recursos para replicar y facilitar la organización de mapeos colectivos.

Aplicaciones prácticas

Las posibilidades de aplicabilidad práctica de la cartografía social son múltiples. Una de ellas es la identificación colectiva de elementos pa-

trimoniales. A través de los mapeos se abren las puertas a formas de patrimonio que son significativas desde la cosmovisión local, pero que a menudo pasan desapercibidas a la mirada técnica. De hecho, estas formas no tienen por qué coincidir con el patrimonio oficial, aquel que se selecciona desde el discurso institucional. Así, mientras para un equipo técnico pueden ser destacables determinados edificios por sus valores históricos o sus singularidades arquitectónicas, para la población local puede ser más significativa la plaza donde se produce el encuentro social en las noches de verano o las antiguas eras que varias generaciones han utilizado como espacio de juego. Así ocurría, por ejemplo, con los mapeos realizados en Gestalgar, en los que si bien había un reconocimiento por parte de vecinos y vecinas del discurso patrimonial oficial –los edificios más emblemáticos desde un punto de vista histórico: el castillo de Los Murones, la iglesia parroquial, el Puente Viejo, el Palacio de la Señoría, etc.–, ponían también de manifiesto que había *otros* patrimonios especialmente reivindicados que no formaban parte del catálogo institucional, y cuyo valor residía en las memorias asociadas –lugares de encuentro, de celebración, de juegos, etc. De ahí que la cartografía social pueda desempeñar un papel tan importante en la elaboración de inventarios y catálogos de bienes y espacios patrimoniales que verdaderamente pretendan incorporar las maneras locales de entender el patrimonio.

Ahora bien, si algo pone de manifiesto el trabajo con la cartografía social es que no existe un patrimonio común, sino múltiples formas de patrimonio, y que no puede caerse en la dualidad maniquea de un patrimonio oficial frente a un patrimonio «desde abajo». En Beniopa, por ejemplo, se hacían muy patentes las diferencias en las maneras de entender el patrimonio en función de la edad o del marco cultural (FIGURA 6). Mientras el grupo de infantil y el de adolescentes hacían una valoración basada en las posibilidades de uso de los espacios, lo cual modela una percepción del patrimonio flexible, dinámica y de carácter muy vivencial, el grupo de adultos tendía a concebir el patrimonio de una manera más clásica, reivindicando especialmente los



FIGURA 6: Dinámica de mapeo y discusión con personas adultas en Beniopa (Imagen: Tono Vizcaíno).



FIGURA 7: Aportación de fotografías e historias en el paseo participativo al acueducto de Los Calicantos de Gestalgar (Fotografía: Tono Vizcaíno).

valores de tipo histórico-artístico, lo cual se ajusta más al discurso oficial de patrimonio. En cambio, el grupo de mujeres gitanas con el que se trabajó atribuía valor patrimonial a los lugares de encuentro y celebración –plazas, jardines–, con una fuerte conexión con los elementos inmateriales –gastronomía, música–, mientras que el vínculo con el patrimonio oficial era prácticamente inexistente. Por su parte, la gente mayor construía el valor patrimonial a partir de las memorias, es decir, en clave de pasado y con cierta nostalgia.

Otra de las posibles aplicaciones prácticas es la de hacer emerger el conocimiento vinculado a los espacios patrimoniales. De nuevo, en la gestión y difusión patrimonial se tiende a elaborar un relato único construido desde el saber científico-técnico, que determina la manera de entender y relacionarse con ese patrimonio, imponiendo barreras

simbólicas y a menudo físicas (Vizcaíno, 2017). En cierto modo, se crea una relación de exclusividad entre los técnicos y los bienes patrimoniales, como si entre la época a la que corresponden esos elementos y la llegada de los técnicos hubiese habido un vacío total de experiencias. La realidad, sin embargo, es que la población local ha interpretado y ha interactuado de maneras muy distintas con las evidencias materiales del pasado, y esas experiencias también forman parte de los sentidos del patrimonio. Por ejemplo, igual de válida es la explicación histórica de los restos de un acueducto de hace dos mil años, que su interpretación tradicional como obra de brujas o de demonios, o su uso como escondite por los habitantes del lugar, tal y como pudimos documentar en Gestalgar a través de los paseos participativos (FIGURA 7). Cuando hablamos, pues, de conocimiento sobre el patrimonio y el territorio, nos referimos también al conocimiento surgido de la experiencia del habitar *en y junto a*.

La cartografía social también permite trabajar sobre las percepciones y los usos del patrimonio. En esta línea está, por ejemplo, la opción de trabajar sobre la valoración en positivo y en negativo de los espacios mediante códigos de colores. Aquí resulta especialmente interesante trabajar los mapeos individuales para, posteriormente, superponerlos y generar una acumulación de capas de sentires que permitan identificar tanto los lugares con una mayor carga afectiva como aquellos sobre los que se producen fricciones. En mi experiencia con los mapeos, ha resultado de especial utilidad procesar los resultados mediante programas de edición digital de imágenes, con el propósito de superponer capas de color e interpretar a partir de las acumulaciones cromáticas (FIGURA 8). Al mismo tiempo, incidir en las maneras individuales y grupales de interactuar con el entorno permite realizar diagnósticos sobre usos del territorio desde la óptica patrimonial, que cobran especial sentido a la hora de elaborar planes de gestión territorial.

De todo lo anterior se deriva una función clave de los procesos de trabajo con la cartografía, que es el abordaje de las problemáticas y los conflictos que se derivan de la propia concepción, interpretación

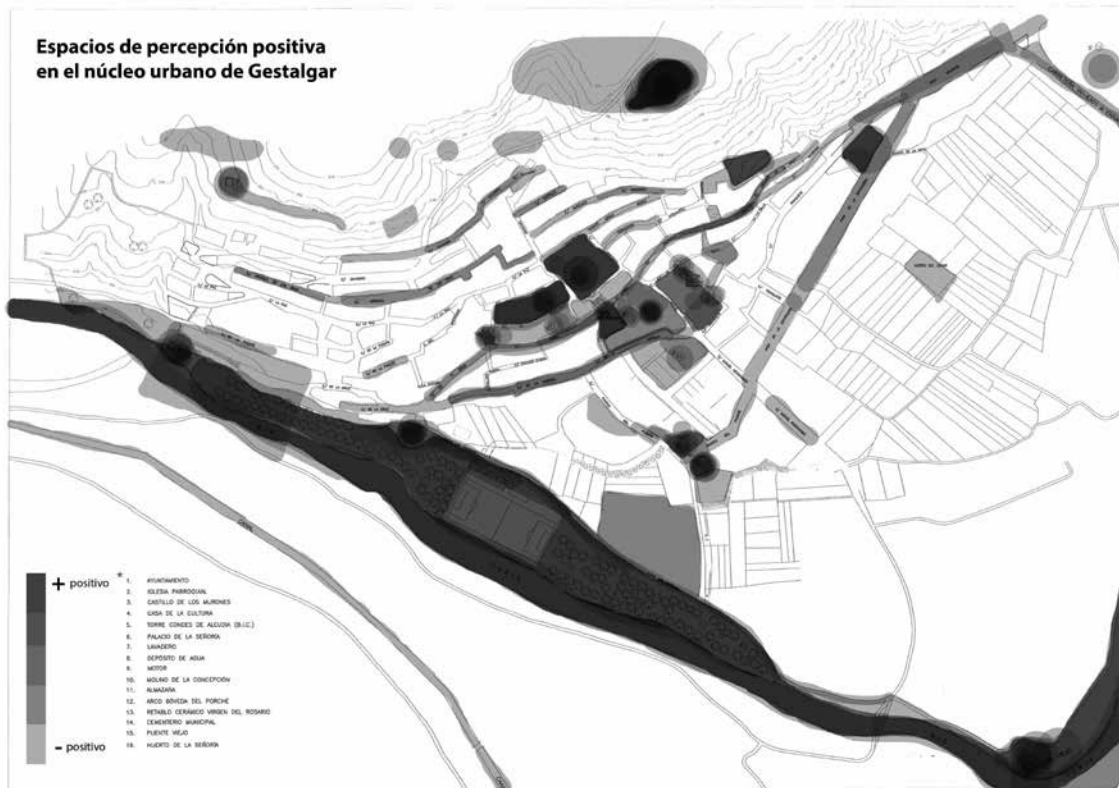


FIGURA 8: Resultado de la acumulación de capas afectivas en positivo en la valoración del patrimonio de Gestalgar (Imagen: Tono Vizcaíno).

y uso de los espacios patrimoniales. Las conversaciones en torno al patrimonio hacen emerger problemáticas sociales que tienen que ver, por ejemplo, con la convivencia, con las distintas maneras de hacer uso del espacio público, o con las fricciones entre las distintas memorias vinculadas al territorio. En todas las dinámicas grupales que realizamos en Beniopa –excepto en la del grupo infantil y adolescente–, la conversación estuvo mediada por un conflicto muy encarnado

entre población paya y población gitana. El patrimonio hacía aflorar el conflicto, y al mismo tiempo el conflicto era considerado como un obstáculo para la recuperación y el disfrute de determinados elementos patrimoniales, lo que no hacía sino evidenciar un problema muy grave de convivencia que tiene que ver con el uso del espacio público: mientras la población paya atribuye a la gitana todos los problemas de Beniopa (falta de civismo, abandono institucional, inseguridad), la población gitana denuncia estigmatización y marginación por parte de las instituciones y del resto de vecinos y vecinas, cosa que se traduce en poca permisividad y respeto hacia sus formas de vida y su patrimonio. En el caso de Gestalgar, el conflicto era de otra índole, pero de nuevo el patrimonio se convertía en objeto de disputa: la población local denunciaba la apropiación y el mal uso que los visitantes hacen de su patrimonio natural, en particular del paraje fluvial y de los elementos patrimoniales asociados.

Si bien se trata de problemas de largo recorrido y a menudo de difícil solución, lo que sí permiten los mapeos es entablar conversaciones en torno a esos problemas y ofrecer espacios seguros para diseñar lo que Ares y Risler definen como «tácticas del común» (2018, P. 57), ya sea pensar acuerdos posibles o evidenciar lo irresoluble de determinados conflictos con los que no hay más opción que coexistir.

Reflexión final

El cuestionamiento del discurso autorizado de patrimonio y la apuesta por otras formas de entender y gestionar los bienes y los espacios patrimoniales requiere, además del giro conceptual, un replanteamiento de las herramientas y las metodologías de trabajo. No se trata solamente de generar procesos de participación para sondear opiniones y tomar decisiones dentro de un marco interpretativo y de uso acotado, sino también de entender el patrimonio en un sentido plural, donde se amalgaman significados, interacciones, intereses y desencuentros diversos y cambiantes.

El léxico de la participación despliega aquí todo su potencial semántico mediante el uso consciente y radical de las preposiciones, entendiendo, con Montoya Arango, García y Ospina Mesa (2014, p.193), que el «con» y el «desde» deben ser prioritarios frente al «sobre», de igual manera que Habegger y Mancilla (2006) proponen anteponer el «desde» al «para». Un giro lingüístico que opera en un plano simbólico, y que en la práctica supone situar a los habitantes de un territorio como sujetos activos de las políticas públicas de la gestión patrimonial, no como receptores de las mismas.

La cartografía social, por su naturaleza combinatoria de cartografía y participación social, constituye una herramienta especialmente útil a la hora de producir conocimiento sobre el territorio, así como para diagnosticar problemáticas y tomar decisiones de manera consensuada allá donde el patrimonio tenga alguna cosa que aportar.

Además de su potencial práctico, vinculado a la identificación, valoración y gestión del patrimonio, la cartografía social tiene un importante potencial simbólico, de empoderamiento (De Nardi, 2014), construido a partir de la autonarración y el autoreconocimiento de los relatos surgidos «desde abajo» (Barragán-León 2019, p.146) en la conformación del universo patrimonial. En este sentido, el trabajo con la cartografía social genera procesos colectivos de reflexión y de afirmación de lo común (Habegger y Mancilla, 2006; Pérez, Baumgartner y Ganter 2018-2019) que pueden desencadenar iniciativas de organización ciudadana para la reapropiación y transformación del territorio (Diez y Chanampa, 2016; Carballeda, 2017), sin perder de vista la propia función reparadora que pueden tener estos procesos al afrontar situaciones de conflicto o de celebración de los lugares comunes. Aquí la noción de patrimonio se aproxima, como han apuntado especialistas de distintas disciplinas, a la de los bienes comunes (Alonso, 2015; Lafuente y Sastre, 2019; D'Orsogna, 2020).

No obstante, la cartografía social se enfrenta a limitaciones de diversa índole. De un lado, están las dificultades inherentes a cualquier proceso participativo, que tienen que ver con cuestiones como

la deseabilidad social, los liderazgos que condicionan las opiniones del grupo o las desigualdades en las posiciones de enunciación. De otro lado, existe una problemática vinculada a la naturaleza específica de la cartografía. A pesar de que buena parte de la población está familiarizada con el uso de mapas y planos, dada su recurrencia en el día a día –desde la predicción del tiempo en televisión hasta los mapas turísticos, o su reiteración en los manuales escolares–, las representaciones cartográficas imponen restricciones interpretativas a determinados grupos por cuestiones de edad, de formación y, también, de tradición cultural. En consecuencia, estos recursos pueden generar desigualdades, y también exclusiones, en el acceso y en la participación en este tipo de dinámicas. Todavía más, no hay que perder de vista que las cartografías con las que se suele trabajar responden, en esencia, a la manera oficial de representar el territorio y reproducen toda una serie de convencionalismos vinculados al saber y al poder científico-técnico y político, con lo cual pueden condicionar en forma y en contenido los relatos otros. Ante estos retos de desigualdad, exclusión y condicionamiento del discurso autorizado de patrimonio, resulta sugerente pensar en explorar otras maneras de representar el territorio que se ajusten mejor a los mapas mentales de sus habitantes. De ahí la importancia de recurrir a técnicas y herramientas de investigación social complementarias, como los ya mencionados grupos nominales, las entrevistas grupales o los paseos participativos, que ayuden a expresar ese mosaico de composiciones subjetivas sobre el territorio.

En definitiva, la cartografía social se presenta como una herramienta útil para diseñar modelos de gestión patrimonial que sean más conscientes, estén más atentos y contraigan compromisos y responsabilidades más firmes con las realidades sociales con las que se trabaja. El reto, no obstante, está en no caer en los usos retóricos de la participación y en entender que estas dinámicas solo tienen sentido si se parten de un cambio de paradigma en la propia concepción del patrimonio.

Bibliografía

- ACOSTA, G. (2011). Cartografía y patrimonio en perspectiva. *Revista PH*, 77, 4-11. <https://doi.org/10.33349/2011.77.3085>
- AICHINO, G., DE CARLI, M., ZABALA, M. y FABRA, M. (2013). *Mapeando el Patrimonio Arqueológico de Córdoba. Propuesta educativa para el nivel medio con orientación en Ciencias sociales y Humanidades*. Córdoba: ANSENUZA. <http://hdl.handle.net/11086.1/761>
- AICHINO, G.; DE CARLI, M., ZABALA, M. y FABRA, M. (2012). Procesos de activación y valoración del patrimonio arqueológico a través de la Cartografía Social. *ExT: Revista de Extensión de la UNC*, 3, s.p. <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/ext/article/view/2870>
- ALMANSA, J. (2020). #pubarchMED o la importancia de mirar más allá de las piedras. *Arqueología 3.0 III*, 55-67.
- ALONSO, P. (2015). Conceptualizing Cultural Heritage as a Common. En P. F. Biehl, D. C. Comer, C. Prescott y H. A. Soderland (Eds.) *Identity and Heritage: Contemporary Challenges in a Globalized World* (pp. 27-35). Nueva York y Londres: Springer,
- ANDRADE, H. (2012). Cartografía social como metodología participativa y colaborativa de investigación en el territorio afrodescendiente de la cuenca alta del río Cauca. *Cuadernos de Geografía: Revista Colombiana de Geografía*, 21(2), s. p. <http://beu.extension.unicen.edu.ar/xmlui/handle/123456789/354>
- ARCILA, M. y LÓPEZ, J. A. (2011). La cartografía cultural como instrumento para la planificación y gestión cultural. Una perspectiva geográfica. *Periférica: Revista para el análisis de la cultura y el territorio*, 12, 15-36. <https://doi.org/10.25267/Periferica.2011.i12.01>
- ARES, P. y RISLER, J. (2018). Éticas, estéticas y pedagogías en las investigaciones territoriales y colaborativas. En E. Chali y D. Orosz (comps.), *Germinación cruzada. Género, territorio y producción en el arte contemporáneo* (pp. 57-59). Córdoba: Mercado de Arte Contemporáneo (MAC).
- BARRAGÁN-LEÓN, A. N. (2019). Cartografía social: lenguaje creativo para la investigación cualitativa. *Sociedad y Economía*, 36, 139-159. <https://doi.org/10.25100/sye.v0i36.7457>
- BARRERA, S. (2009). Reflexiones sobre Sistemas de Información Geográfica Participativos (sigp) y cartografía social. *Cuadernos de Geografía-Revista Colombiana de Geografía*, 18, 9-23
- BASAGOITI, M. y BRU, P. (2002). Mira quien habla: el trabajo con grupos en la I-A.P. En T. Villasante, M. Montañés y J. Martí (Eds.) *La investigación social participativa*. Madrid: El Viejo Topo.

BUSTOS, R., GARCÍA, J. y CHUECA, D. (2018). *Guía práctica para facilitar la participación ciudadana. Una selección de herramientas presenciales y digitales para el trabajo colectivo*. Departamento de Relaciones Ciudadanas e Institucionales, Gobierno de Navarra.

CAMPILLO, C. (2013). La administración municipal relacional y participativa. Cómo construir la identidad de las ciudades desde una perspectiva de comunicación neopública. *Revista de Comunicación de la SEECI*, XVII (30): 74-93.

CANOSA, E. y GARCÍA, A. (2017). Cartografías críticas de la ciudad. *Treballs de la Societat Catalana de Geografia*, 84, 145-160. <http://revistes.iec.cat/index.php/TSCG>

CARBALLEDA, A. (s.f.). *Las cartografías sociales y el territorio de la intervención*. https://www.edumargen.org/docs/2018/curso64/unid02/apunte03_02.pdf

CARBALLEDA, A. (2017). Cartografías Sociales: lenguaje y territorio. Una aproximación desde La Intervención en lo Social. *Revista Perspectivas*, 29, 145-153.

CARERI, F. (202). *El andar como práctica estética*. Barcelona: Gustavo Gili.

CERRILLO, A. (2005). La gobernanza hoy: introducción. En A. Cerrillo (Ed.) *La gobernanza hoy: 10 textos de referencia*. Madrid: INAP.

COMENDADOR, B. (2018). Arqueología pública en las aulas universitarias: un primer balance de su implantación. *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 28, 9-24. <https://revistaseug.ugr.es/index.php/cpag/article/view/8455/7212>

D'ORSOGNA, D. (2020). El patrimonio cultural en la teoría de los bienes comunes ¿De lo público "institucional" a lo público "común"? *Revista PH*, 101, 74-99

DE NARDI, S. (2014). Senses of Place, Senses of the Past: Making Experiential Maps as Part of Community Heritage Fieldwork. *Journal of Community Archaeology & Heritage*, 1(1), 5-22. <http://dx.doi.org/10.1179/2051819613Z.0000000001>

DE OLIVEIRA, G. (2015). Investigación Acción Participativa: una alternativa para la epistemología social

en Latinoamérica. *Revista de Investigación* 86(39), 271-290.

DIEZ, J. M. y CHANAMPA, M. E. (2016). Perspectivas de la Cartografía Social, experiencias entre extensión, investigación e intervención social. *Revista +E versión digital*, 6, 84-94.

FERNÁNDEZ, F. (2021). Cartografías emergentes: prácticas e investigaciones en cartografías sociales en Argentina. *Revista Universitaria de Geografía*, 30(1), 13-20.

GARCÍA, J. (2019). Mapeado colaborativo: evolución como crítica a la cartografía oficial y tardío y limitado uso de los geógrafos españoles de una valiosa herramienta de análisis territorial. *Crisis y espacios de oportunidad. Retos para la Geografía*. XXVI Congreso de la Asociación Española de Geografía (AGE), 208-224.

GIDEP [Grupo de Innovación Docente en EduAcción Patrimonial] (2021). *Kit de herramientas para a educación patrimonial*. Vigo: Universidade de Vigo. <http://gidep.webs.uvigo.es/kitep-kit-de-ferramentas-para-a-educacion-patrimonial/>

HABEGGER, S. y MANCILA, I. (2016). *El poder de la Cartografía Social en las prácticas contrahegemónicas o La Cartografía Social como estrategia para diagnosticar nuestro territorio*. <http://beu.extension.unicen.edu.ar/xmlui/handle/123456789/365>

HIERNAUX, D. (2010). La Geografía hoy: giros, fragmentos y nueva unidad. En A. Lindón y D. Hiernaux (Dirs.) *Giros de geografía humana: desafíos y horizontes* (pp. 43-61). Rubí (Barcelona): Anthropos Editorial; Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana.

ICONOCLASISTAS (2020). *Mapeos colectivos sobre extractivismos y resistencias en Latinoamérica*. G. Merlinsy y P. Serafini (Eds.) *Arte y ecología política*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani y Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

ICONOCLASISTAS (2019). *Mapeando el territorio*. Río Negro: Unión de Trabajadores de la Educación de Río Negro (UnTER). <https://iconoclasistas.net/cuadernillo-escolar/>

ICONOCLASISTAS (2015). *Taller de mapeo colectivo*. Santa María

La Ribera. Ciudad de México: inSite/Casa Gallina. <https://issuu.com/iconoclasistas/docs/mapeoiconoclasistas>

ICONOCLASISTAS (2013). *Manual de mapeo colectivo*. Buenos Aires: Tinta Limón. <https://iconoclasistas.net/4322-2/>

JIMÉNEZ, S. (2017). Cómo hacer un paseo de Jane. En P. Hornillo y A. Lafuente (Coords.) *La Aventura de Aprender* (Madrid: Ministerio de Educación, Cultura y Deporte. <http://laaventuradeaprender.intef.es/guias/como-hacer-un-paseo-jane>

JIMÉNEZ-ESQUINAS, G. (2020). El papel de las comunidades en el patrimonio: una reflexión en torno al patrimonio arqueológico. *Revista PH*, 101, 100-121. <https://doi.org/10.33349/2020.101.4648>

JIMÉNEZ-ESQUINAS, G. (2017). La investigación etnográfica en los estudios de patrimonio: curso del Incipit sobre el trabajo de campo. *Revista PH*, 92, 24-25. <https://doi.org/10.33349/2017.0.3988>

JIMÉNEZ-ESQUINAS, G. y QUINTERO, V. (2017). Participación en patrimonio:

utopías, opacidades y cosméticos. En T. Vicente, M. J. García y T. Vizcaíno (Coords.) *Antropologías en transformación: sentidos, compromisos y utopías* (pp. 1838-1858). València: Universitat de València.

LAFUENTE, A. Y SASTRE, P. (2019). Arqueologías del presente y museos del futuro, o de cómo abrir la relación entre patrimonio y procomún. En P. Aparicio (Ed.) *Arqueología y Neoliberalismo* (pp. 111-123). Madrid: JAS Arqueología.

LONGO, F. y GIL, E. (2006). La Dirección Pública como aprendizaje. Una experiencia de diseño y evaluación de la formación en Gerencia Pública. *Estado, gobierno, gestión pública: Revista Chilena de Administración Pública*, 8, 45-65.

LÓPEZ, P. (2020). *Memoria de actividades: MASAV 2020*. Ávila: MASAV, Abulaga, Diputación de Ávila.

MARTIN, V. B., ZABALA, M. E. y FABRA, M. (2019). Cartografía social como recurso metodológico para el análisis patrimonial. Experiencias de mapeo en Miramar (Córdoba, Argentina). *Perspectiva Geográfica*,

24(2), 125-148. <https://doi.org/10.19053/01233769.8631>

MASAGUER, M. y VÁZQUEZ, A. (2014). BIComun: un experimento en el espacio público. *Tejuelo*, 19, 154-158.

MONTOYA, V., GARCÍA, A. y OSPINA, C. A. (2014). Andar dibujando y dibujar andando. Cartografía social y producción colectiva de conocimientos. *Nómaditas*, 40, 190-205.

PALLADINO, L. Y ÁLVAREZ, C. (2018). Experiencias y diálogos en el mapeo colectivo de territorios comechingones en San Marcos Sierras y alrededores. *Revista e+e - Córdoba*, 6(5), 96-111. <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/EEH/article/view/21802>

PÉREZ, L., BAUMGARTNER, M. y GANTER, R. (2018-2019). Cartografías participativas y producción de datos sociales en escenarios patrimoniales. Posibilidades de reutilización comunitaria de las "Ruinas de Enacar", sector Chambeque, Lota, (Chile). *Revista Urbano*, 21(38), 36-47.

POLO, A., REYES, F., PALOMAR, P., ALMANSA SÁNCHEZ, J. y MIRALES, D. (2021). Proyecto

Patrimonio Cultural Inmaterial en la Ribera del Duero. Metodologías de trabajo en comunidad [comunicación en congreso]. Workshop *Mapeando la memoria inmaterial*. Madrid: Universidad Rey Juan Carlos.

PRATS, L. (1997). *Antropología y patrimonio*. Barcelona: Ariel.

PYBURN, K. A. (2011). Engaged Archaeology: Whose Community? Which Public? K. Okamura y A. Matsuda (eds.). *New Perspectives in Global Public Archaeology* (pp. 29-41). New York: Springer.

MAYNTZ, R. (2005). Nuevos desafíos de la teoría de la gobernanza. A. Cerrillo (Ed.). *La gobernanza hoy: 10 textos de referencia* (pp. 83-98). Madrid: INAP.

RODRÍGUEZ, E. Y WALID, S. (2020). Tarteso en Comunidad nace como forma de vincular a la ciudadanía de Guareña con el yacimiento del Turuñuelo. *Revista PH*, 101, 15-17 <https://doi.org/10.33349/2020.101.4647>

RODRÍGUEZ, I. (2022). Arqueología preventiva: una revisión crítica. *Revista d'arqueologia de Ponent*, 32, 139-152. <https://doi.org/10.21001/rap.2022.32.8>

SALAMANCA, C. Y ESPINA, R. (Comp.) (2012). *Mapas y derechos. Experiencias y aprendizajes en América Latina*. Rosario: Editorial de la Universidad Nacional de Rosario.

SÁNCHEZ CARRETERO, C. (2012). Hacia una antropología del conflicto aplicada al patrimonio. Geopolíticas patrimoniales. En B. Santamarina (Ed.) *De culturas, naturalezas e inmaterialidades* (pp. 195-210). València: Alemania.

SÁNCHEZ CARRETERO, C., MUÑOZ ALBALADEJO, J. Y ROURA, J. (2019). *El imperativo de la participación en la gestión patrimonial*. Madrid: CSIC.

SANTAMARINA, B. Y VIZCAÍNO, T. (2021). Consuming the past into the present: The case of the Iberians (Valencia, Spain). *International Journal of Cultural Property*, 28(1), 159-174.

SMITH, L. (2006). *Uses of heritage*. Abingdon: Routledge.

VAL, C. DEL Y GUTIÉRREZ, J. (2013). *Prácticas para la comprensión de la realidad social*. Madrid: McGraw-Hill.

VÁZQUEZ, A., DÍAZ, O. Y CERÓN, I. (Coords.) (2019). *Guía TIP. Dejarse afectar para innovar*.

Mérida: Ayuntamiento de Mérida.

VÁZQUEZ, A. (2017). Abriendo la relación entre patrimonio y procomún en el barrio de Santiago de la ciudad de Mérida, Yucatán. *Revista Cuadernu*, 5, 39-61.

VÁZQUEZ, A. (s.f.). *BIComún: anarchivo audiovisual de memorias pasadas, presentes y futuras en espacios sociales urbano-rurales*. Mérida: Universidad Autónoma de Yucatán.

VÉLEZ, I., RÁTIVA, S. Y VARELA, D. (2012). Cartografía social como metodología participativa y colaborativa de investigación en el territorio afrodescendiente de la cuenca alta del río Cauca. *Cuadernos de Geografía: Revista Colombiana de Geografía*, 21(2), 59-73.

VIC [Vivero de Iniciativas Ciudadanas] (2017). *Cómo hacer un mapeo colectivo*. La Aventura de Aprender (P. Hornillo y A. Lafuente coords.). Madrid: Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

VILLASANTE, T. R. (2006). *Los seis caminos que practicamos en la complejidad social*. Cuadernos CIMAS-Observatorio Internacional de Ciudadanía y Medio Ambiente Sostenible, 1-21.

VILLASANTE, T. R., MONTAÑÉS, M. y MARTÍ, J. (2000). *La investigación social participativa*. Madrid: El Viejo Topo.

VIZCAÍNO, T. (2017). Patrimonio cautivo: barreras físicas y simbólicas en torno a los yacimientos arqueológicos. *Revista Valenciana d'Etnologia*, 9, 51-62.

Instrucciones para colaboradores

Normas editoriales

1. Las propuestas enviadas deberán ser originales e inéditas (que no hayan sido publicados previamente, impresa o digitalmente, en otro medio u otro idioma).
2. Son aceptados los siguientes tipos de manuscritos:
 - Artículos: su extensión no debe exceder las 10.000 palabras. Son sometidos a revisión por pares ciegos.
 - Notas: su extensión no debe exceder las 4.000 palabras. Son sometidos a revisión del consejo editor.
3. Las lenguas principales son el castellano y el asturiano, aunque puntualmente podrán publicarse trabajos escritos en otras lenguas.
4. No se admitirán en el texto términos o construcciones literarias que hagan referencia a cualquier tipo de discriminación u ofensa.
5. Las propuestas se presentarán en formato docx y constarán de las siguientes partes:
 - Título, autor/a y filiación.
 - Resumen: tendrá un máximo de 200 palabras y resumirá de manera clara y concisa el contenido. – Palabras clave: un máximo de cinco palabras descriptivas del contenido.
 - A continuación, deben seguir el orden habitual de las publicaciones científicas, con una introducción, cuerpo central descriptivo y analítico, conclusiones y bibliografía.Tanto título, resumen como palabras clave deberán presentarse también en inglés a continuación de la versión en el idioma original.
6. Figuras: se puede incluir un máximo de 10 imágenes, tablas e ilustraciones por propuesta. Las imágenes deben estar formato JPG y tener una reso-

lución mínima de 300 ppp. Se enviarán separadas del texto y denominadas con la abreviatura “Fig.” más el número que corresponda al orden de situación en el texto. Dentro del texto se señalará la posición de cada imagen todo ello entre paréntesis, Ej.: (FIGURA 6). En archivo word aparte, incluya un listado con la leyenda de cada figura. Debe señalarse la referencia y/o autoría de las figuras en caso que no correspondan al(los/as) autor(es/as) o si están tomadas de otra fuente.

7. Las notas a pie de página seguirán las indicaciones generales, reduciendo el tamaño de fuente a 10.
8. Las citas, referencias y bibliografía seguirán la norma APA 7 edición. Ejemplos:
 - Citas textuales entrecomilladas (Apellido, año, pp.), no textuales (Apellido, año).
 - Artículos
SARCINA, A. (2021). Arqueología comunitaria en un contexto de conflicto: el proyecto Santa María de la Antigua del Darién (Chocó, Colombia). *Cuadernu: Revista internacional de patrimonio, museología social, memoria y territorio*, 9 69-106.
 - Libros
FERNÁNDEZ, J. (2018). *Reclamar el paisaje*. Madrid: MediaLab-CoLab-Ministerio de Cultura, Educación y Deporte.
 - Capítulos de libro
LOPEZ, P. y PEREZ C. (2021). Una experiencia comunitaria de divulgación científica: la Ponte-Ecomuseu. En Gibaja, J. F., Mier, M. F. y Cubas, M (Coords.) *Si te dedicas a la ciencia, ¡divúlgala!: La transferencia de conocimiento en el marco de las Humanidades* (pp. 167-179). Gijón: Trea.
9. Las propuestas se enviarán por correo electrónico a la dirección cuadernu@laponte.org

Cuadriernu



COLABORAN



Aytu. de Santu Adrianu



RYC-2020-029619-I/AEI/10.13039/501100011033

www.laponte.org